

un despilfarro. Si, para algunos de vosotros, el deber consiste en marcharse, este deber es justo cumplirle como otro cualquiera.

Enjolras, el hombre-principio, tenía sobre sus correccionarios esa especie de omnipotencia que se desprende del absoluto. Sin embargo, por más que ejerciera esta omnipotencia, no dejaron de murmurar.

Jefe hasta las puntas de los dedos, Enjolras, viendo que murmuraban, insistió, añadiendo con altivez:

— Que aquellos que teman no quedar más que treinta lo digan.

Los murmullos entónces redoblaron.

— Por otra parte, observó una voz en su grupo, marcharse, es cosa fácil de decir. La barricada está cercada.

— Méenos por el lado que da á los mercados centrales, dijo Enjolras. La calle de Mondétour está libre, y por la calle de los Predicadores se puede llegar hasta el mercado de los Inocentes.

— Y allí, repuso otra voz del grupo, le cogerán á uno. Caerá en poder de algun granguardia de la línea ó de las afueras. Verán pasar un hombre con blusa y gorra. ¿ De dónde vienes tú? ¿ es que no eres de los de la barricada? Y le miran á uno las manos. Hueles á pólvora. Fusilado.

Enjolras, sin responder, tocó en el hombro á Combeferre, y ambos entraron en la sala baja.

Un momento despues volvieron á salir. Enjolras traía en sus manos extendidas los cuatro uniformes que habia él hecho guardar en reserva. Combeferre le seguía trayendo los correaes y los shakós.

— Con este uniforme, dijo Enjolras, es fácil mezclarse en las filas contrárias y escapar. Aquí tenemos ya para cuatro.

Y echó en el suelo desempedrado los cuatro uniformes.

Ningun movimiento ni alteracion se notó en aquel estoico auditorio. Combeferre tomó la palabra.

— Vamos, compañeros, dijo, menester es que tengamos un poco de compasion. ¿ Sabéis de qué se trata aquí ahora? Trátase de las mujeres. Examinemos este punto arduo y delicado. ¿ Hay mujeres, sí ó no? ¿ hay, niños, sí ó no? ¿ hay, si ó no, madres que mecen la cuna con el pié y que tienen en derredor de ellas un monton de criaturitas? Que aquel de entre vosotros que no haya visto jamas el pecho de una nodriza levante la mano. ¡ Ah! queréis haceros matar, tambien yo, que os estoy hablando, quiero lo mismo que vosotros; pero no quiero ver en derredor mio fantasmas de mujeres torciéndose los brazos en angustiosa desesperacion. Morid, sea en buen hora, pero no hagáis morir á los demas. Suicidios como el que aquí va á consumarse son sublimes, pero el suicidio es una cosa estricta, restringida á la persona suicidada, y no admite, ó no debe admitir, extension; y desde el momento en que él afecta de cerca á vuestros parientes próximos, el suicidio se llama homicidio, se llama asesinato. Acordaos de las cabecitas rubias, y acordaos tambien de las canas venerables. Escuchad, Enjolras ha visto, hace poco, segun acaba de decirme, allá en la esquina de la calle del Cisne, una ventana donde habia luz, una triste ventana alumbrada por una vela de sebo en un quinto piso y al traves de la vidriera, veíase la sombra trémula de una cabeza de anciana que tenía trazas de haber pasado allí toda la noche esperando. Quizas es la madre de alguno de vosotros. Pues bien, que se vaya, si está aquí, que se apresure á ir y á decirle á su madre: ¡ Madre, aquí estoy ya! Que no se inquiete él por nada de esto, la empresa se llevará aquí á cabo del mismo modo. El que sustenta y sostiene á sus padres, á su esposa, á sus hijos, á sus hermanitos huérfanos, con su propio trabajo, no tiene de-

recho á sacrificarse. Eso sería desertar de la familia. Y los que tienen hijas, y los que tienen hermanas! ¿No pensáis en esto? Os hacéis matar, lo habéis conseguido, está bien, pero ¿y mañana? Jovencitas que carecen de pan, esto es una cosa terrible. El hombre mendiga, la mujer vende. ¡Ah! esos deliciosos seres, dotados de gracia y de dulzura, que llevan papalinas blancas con flores, que llenan la casa de castidad, que cantan, que charlan, que son como un perfume viviente, que prueban la existencia de los ángeles en el cielo por la pureza de las vírgenes en la tierra, esa Juanita, esa Paquita, esa Luisa, esas adorables y honradas criaturas que son vuestra bendición y vuestro orgullo, ah, ¡gran Dios! ¡van á tener hambre! ¿Qué queréis que yo os diga? ¡Existe un mercado de carne humana; y no será por cierto con vuestras manos de sombras temblorosas en derredor de ellas, como las impediréis de entrar en él! Acordaos de la calle, acordaos del empedrado cubierto de transeuntes, acordaos de las tiendas ante las cuales van y vienen mujeres escotadas, y en el lodo. También esas mujeres han sido puras. Acordaos de vuestras hermanas, los que las tienen. La miseria, la prostitución, los agentes de policía, San Lázaro; hé ahí adonde van á parar esas hermosas y delicadas jóvenes, esas frágiles maravillas de pudor, de gracia y de belleza, más frescas que las lilas del mes de Mayo. ¡Ah! os habéis hecho matar! ¡ah! ya no estáis al lado de ellas! Pues bien; vosotros, los que habéis querido sustraer al pueblo á las garras de la monarquía, entregáis vuestras hijas á las garras de la policía. ¡Amigos míos, cuidado con esto! ¡tened compasión! ¡Las mujeres, las desgraciadas mujeres! generalmente no se suele pensar mucho en ellas. Alégase como excusa la circunstancia de que las mujeres no han recibido la misma educación que los hombres, se las impide el leer, se las priva de pensar, se las prohíbe el ocu-

parse de política; ¿las impediréis el ir esta noche á la Morgue y el reconocer vuestros cadáveres? Vamos, pues, es preciso que los que tengan familia sean buenos muchachos, que nos den un apretón de manos, y que se marchen, y nos dejen concluir aquí la tarea nosotros solos. Bien sé yo que se necesita valor para marcharse, es cosa difícil; pero cuanto más difícil es, tanto más mérito tendrá ese acto. Se dice: Tengo un fusil, estoy en la barricada, tanto peor, yo no me voy de aquí. Tanto peor, es cosa que se dice pronto. Amigos míos, hay una mañana; vosotros no os hallaréis, en esa mañana, pero vuestras familias se hallarán. ¡Y, cuántos sufrimientos! Escuchad, figuraos un hermoso niño, sano y robusto, que tiene unas mejillas como gruesas y rosadas manzanas, que charla, que ríe, que grita, que hace sentir su frescura al besarle; ¿sabéis lo que viene á ser ese niño cuando se encuentra abandonado? Yo he visto, á uno pequeñito, tan alto como mi rodilla. Se le había muerto su padre, y unas pobres gentes le recogieron por caridad, pero aquellas gentes no tenían ellas pan para sí mismas. El pobre niño estaba siempre hambriento. Era un invierno; él no lloraba jaams. Veíanle ir y acercarse á la estufa, donde nunca había lumbre, y cuyo tubo, como vosotros sabéis bien, se hallaba todo él embetunado en las junturas con una tierra amarilla. El niño despegaba con sus deditos un poco de aquella tierra y se la comía. Tenía la respiración ronca, el rostro lívido, las piernas flojas, el vientre grueso. Nunca decía nada. Le hablaban, y no respondía. Por fin, falleció. Lleváronle á morir al hospital de Necker, donde yo le vi. Era yo entonces interno en aquel hospital. Ahora, si hay padres entre vosotros, padres que tienen la dicha de pasear el domingo llevando asida con su buena y robusta mano la tierna y delicada manecita de su niño, que cada uno de esos padres se imagine que

aquel niño es el suyo. Aquella pobre criatura, lo recuerdo y lo recordaré siempre, pareceme que la estoy viendo, cuando la tendieron desnuda sobre la mesa de las disecciones anatómicas en el anfiteatro del hospital, sus costillas sobresalían bajo su piel simulando las zanjas que sirven de fosas bajo la yerba de los cementerios. El estómago le tenía lleno de una especie de barro. Tenía también ceniza entre sus dientes. Vamos, camaradas, examinemos este punto en conciencia y aconsejémonos de nuestro propio corazón. Las estadísticas consignan el hecho monstruoso y deshonroso de que la mortalidad de los niños abandonados es de cincuenta y cinco por ciento. Repito, compañeros míos, que se trata de las mujeres, se trata de las madres, se trata de las jovencitas, se trata de los niños, pobres inocentes criaturas. ¿Por ventura se os habla de vosotros? Demasiado sabemos lo que sois; sabido es que todos sois valientes, ¡pardiez! sabido es que todos tenéis en el alma la alegría y la gloria de dar vuestra vida por la gran causa; sabido es que os consideráis todos como elegidos y predestinados á morir magnífica y útilmente, y que cada uno de vosotros reclama su parte en el triunfo. Sea en buen hora. Pero vosotros no sois solos en este mundo. Hay otros seres en los cuales es menester pensar. No debemos ser egoístas.

Todos bajaron la cabeza con semblante triste y sombrío.

¡Extrañas contradicciones del corazón humano en sus momentos más sublimes! Combeferre, que hablaba de esta suerte, no era un huérfano. Se acordaba él de las madres de los otros, y olvidaba la suya. Iba á hacerse matar. Era por consiguiente « egoísta. »

Marius, en ayunas, calenturiento, que había salido sucesivamente de todas las esperanzas, que se hallaba varado en el dolor que es el más sombrío de todos los naufragios, saturado de emociones violentas y sintiendo

acercarse su fin, se había sumergido cada vez más en este estupor visionario que precede siempre á la hora fatal voluntariamente aceptada.

Un fisiólogo habría podido estudiar en él los síntomas crecientes de esa absorción febril conocida y clasificada por la ciencia, y que es al sufrimiento lo que la voluptuosidad es al placer. También la desesperación tiene su éxtasis. Marius se hallaba en este caso. Asistía á todo como un espectador lejano y desinteresado en la escena, como un extraño que viniese de fuera; según lo hemos notado anteriormente, las cosas que pasaban en su presencia, le aparecían lejanas; veía él el conjunto, pero no distinguía los detalles. Vislumbraba todo cuanto iba y venía al través de cierto resplandor. Oía las voces hablar como del fondo de un abismo.

Sin embargo, esto le conmovió bastante. Había en aquella escena una punta que penetró hasta él, y que le despertó. Él ya no tenía sino una sola idea, morir, y no quería distraerse ni separarse de ella; pero en medio de su fúnebre sonambulismo, pensó él que, perdiéndose uno, no por eso debe privarse de salvar á alguien, si se le presenta ocasión de hacerlo.

Entonces levantó la voz y dijo:

— Enjolras y Combeferre tienen razón; nada de sacrificios inútiles. Yo me asocio á su idea, y es menester darnos prisa para ponerla en ejecución. Combeferre os ha dicho las cosas decisivas. Hay entre vosotros quienes tienen familias, madres, hermanas, mujeres, niños. Que salgan todos ellos de las filas.

Nadie se movió.

— ¡Los hombres casados, los que amparan y sostienen una familia, salgan fuera de las filas! repitió Marius.

Su autoridad era grande. Enjolras era en verdad el jefe de la barricada, pero Marius era su libertador.

— ¡ Yo lo ordeno ! gritó Enjolras.

— Yo os lo ruego, dijo Marius.

Entonces, excitados por la palabra de Combeferre, inmutados por la intimación de Enjolras, conmovidos por la súplica de Marius, aquellos hombres heroicos empezaron á delatarse unos á otros. — Es verdad, decía un jóven á un hombre ya formado. Tú eres padre de familia. Vete. — Al contrario, tú más bien debes irte, pues eres quien mantienes á tus dos hermanas. — Y una lucha inaudita estalló en estos términos. Cada cual disputaba allí á fin de no dejarse poner en la calle desde la tumba.

— Despachémonos, pues, dijo Courfeyrac, dentro de un cuarto de hora ya no será tiempo.

— Ciudadanos, prosiguió Enjolras, aquí somos una república, y reina el sufragio universal. Designad vosotros mismos á los que deben de marcharse.

Y obedecieron en seguida. Al cabo de algunos minutos, cinco de ellos fueron unánimemente designados y salían de las filas.

— ¡ Son cinco ! exclamó Marius.

Sólo había cuatro uniformes.

— Pues bien, repusieron todos cinco, es preciso que uno se quede.

Y recomenzó nueva disputa, á quién había de quedarse, y quién hallaría en los otros, razones y motivos suficientes para haber de marchar. Esta generosa querella se entabló con el mayor ardor entre los cinco designados por el sufragio de todos los demás para marcharse.

— Tú tienes una mujer que te ama. — Y tú tienes á tu anciana madre. — Tú ya no tienes padre ni madre, ¿ qué va á ser de tus pobres hermanitos, tan niños aún ? Tú eres padre de cinco criaturitas. — Tú tienes derecho á vivir, no tienes más de diez y siete años, es demasiado temprano para hacerse matar.

Aquellas sgrandes barricadas revolucionarias eran puntos de cita de todos los heroísmos. Lo inverosímil era allí cosa sencilla. Aquellos hombres no se asombraban unos á otros.

— ¡ Vamos, pronto ! repetía Courfeyrac.

En este momento gritaron desde los grupos á Marius ;

— Designe usted cuál es el que deberá quedar.

— Sí, dijeron los cinco, escoja usted. Nosotros obedeceremos su elección.

Marius no creía ya en la posibilidad de ninguna emoción para él. No obstante, ante esta idea, de escoger á un hombre para la muerte, toda la sangre se le agolpó al corazón ; y habría palidecido, si hubiera él podido aún palidecer.

Adelantóse hácia los cinco que le sonreían, y cada uno de los cuales, con la vista inundada de esa grande llama que se ve en el fondo de la historia sobre las Termópilas, le gritaba :

— ¡ Yo ! ¡ yo ! ¡ yo !

Marius los contó, estúpidamente ; ¡ eran siempre cinco ! En seguida descendió su mirada hácia los cuatro uniformes.

En este instante, cayó un quinto uniforme, como llovido del cielo, sobre los otros cuatro.

El quinto hombre estaba salvado.

Marius alzó los ojos y reconoció al señor Fauchelevent. Juan Valjean acababa de entrar en la barricada.

Ora fuese que se informara bien del camino, ó bien que le guiara el instinto ó la casualidad, el resultado es que él llegó por la callejuela de Mondétour. Gracias á su uniforme de guardia nacional, había pasado muy fácilmente.

La centinela que habían colocado los insurrectos en la calle de Mondétour, no tenía necesidad de dar la señal de alarma por un guardia nacional solo ; y le había dejado engolfarse en la callejuela, diciendo para sí : Este pro-

bablemente es un refuerzo, y en el caso contrario, será un prisionero. El momento era demasiado grave para que la centinela pudiera distraerse de su deber y de su puesto de observación.

En el instante en que Juan Valjean entró en la barricada nadie le notó, pues todas las miradas se hallaban fijadas en los cinco elegidos y en los cuatro uniformes. Mas por lo que hace á Juan Valjean, había él visto y oído todo, y en el mayor silencio se había quitado su casaca y la había arrojado al montón que formaban los cuatro.

La emoción fué indescriptible.

— ¿Quién es ese hombre? preguntó Bossuet.

— Es, contestó Combeferre, un hombre que salva á los otros.

Marius añadió con voz grave :

— Yo le conozco.

Esta caución bastaba á todos.

Enjolras entonces se dirigió hácia Juan Valjean y le dijo:

— Ciudadano, que sea usted bien venido.

Y despues añadió :

— ¿ Sin duda no ignora usted que vamos á morir ?

Juan Valjean, sin responder, ayudó al insurrecto á quien salvaba á ponerse su uniforme.

V

QUE HORIZONTE SE DESCUBRE DESDE LO ALTO DE LA BARRICADA

En aquella hora extrema y fatal, en aquel lugar inexorable, la situación de todos tenía como resultante y como cima la melancolía suprema de Enjolras.

Enjolras tenía en sí mismo la plenitud de la revolución ; pero, sin embargo, era incompleto, tanto cuanto puede serlo el absoluto ; participaba demasiado de Saint-Just, y no bastante de Anacársis Clootz ; no obstante, en la sociedad de los Amigos del A B C, su espíritu había acabado por sufrir cierta imantación de las ideas de Combeferre ; de algún tiempo á esta parte, salía él poco á poco de la forma estricta y limitada, del dogma, dejándose conducir á las dilataciones del progreso ; de tal modo que había llegado ya á aceptar, como evolución definitiva y magnífica, la transformación de la grande república francesa en inmensa república humana. Tocante á los medios inmedia-

tos, dada una situación violenta, los quería él violentos también; en cuanto á esto, no variaba; habiendo permanecido siempre afiliado á esa escuela épica y formidable que resume esta palabra: 93.

Hallábase Enjolras de pié en la escalera de adoquines, apoyando un codo en el cañon de su carabina. Estaba cavilando, soñando, y se estremecía, como si se viera agitado por el paso de un soplo súbito y enérgico; los sitios donde se halla la muerte suelen ofrecer estos efectos de la inspiración. De sus pupilas, llenas de la mirada interior, salían ciertas especies de fuegos ahogados. De repente, levantó la cabeza, sus cabellos rubios cayeron hácia atrás como los del ángel sobre la cuádriga sombría formada de estrellas, asemejándose á la melena de un león azorado en resplandores de auréola; y Enjolras prorumpió en estos términos:

— Ciudadanos, ¿os representáis vosotros el porvenir? Las calles de las ciudades inundadas de luz, verde ramaje adornando el dintel de las casas, las naciones hermanas, los hombres justos, los ancianos bendiciendo á los niños, el pasado amado al presente, los pensadores en plena libertad, los creyentes en plena igualdad, por religion el cielo, Dios sacerdote directo, la conciencia humana erigida en altar, no más odios, no más rencores, la fraternidad del taller y de la escuela, la notoriedad sirviendo ella sola de penalidad y de recompensa, el trabajo para todos, el derecho para todos, la paz entre todos, no más sangre derramada, no más guerras, las madres dichosas! Domeñar la materia, es el primer paso; realizar el ideal, es el segundo. Reflexionad en lo que ha hecho ya el progreso. En otros tiempos, las primeras razas humanas veían con terror pasar ante sus ojos la hidra que resoplaba sobre la superficie de las aguas, el dragon que vomitaba fuego, el grifo que era el monstruo de los aires y que volaba con las alas de un águila y con las garras de un tigre; bestias

espantosas que eran, en fuerza, superiores al hombre. El hombre sin embargo ha tendido sus lazos, los lazos sagrados de la inteligencia, y ha acabado por coger en ellos á los monstruos. Hemos domeñado á la hidra, y hoy se llama el steamer; hemos domeñado al dragon, y se llama la locomotiva; estamos á punto de domeñar también al grifo, ya le tenemos asido, y se llama el globo aereostático. El día en que haya terminado esta obra de Prometeo, en que el hombre haya enganchado á su voluntad la triple Quimera antigua, la hidra, el dragon y el grifo, será él dueño del agua, del fuego y del aire, y será para el resto de la creación animada, lo que los dioses eran para él en los tiempos antiguos. ¡Ánimo, y adelante! Ciudadanos, ¿adónde vamos? Á la ciencia convertida en gobierno, á la fuerza de las cosas transformada en la sola y única fuerza pública, á la ley natural teniendo su propia sancion y su penalidad en sí misma y promulgándose por la evidencia, á un oriente de la verdad que corresponda al oriente del sol y del día. Vamos á la union de los pueblos; vamos á la unidad del hombre. No más ficciones; no más parásitos. La realidad gobernada por la verdad; hé aquí el fin. La civilización tendrá su tribunal de audiencia en la cima de la Europa, y más adelante, en el centro de los continentes, en un gran parlamento de la inteligencia. Algo parecido se ha visto ya en la antigüedad. Los anficiones celebraban dos sesiones anuales, una en Delfos, morada de los dioses, otra en las Termópilas, mansion de los héroes. La Europa, tendrá sus anficiones; el globo tendrá sus anficiones. La Francia lleva en sus entrañas este porvenir sublime. Tal es la gestación del siglo diez y nueve. Lo que había bosquejado la Grecia es digno de ser acabado por la Francia. Eseúchame, tú, Feuilly, valiente obrero, hombre del pueblo, hombre de los pueblos. Yo te venero. Sí, tú ves claramente los

tiempos venideros; sí, tienes razon. Tú no tenfas padre ni madre, Feuilly; y has adoptado por madre á la humanidad, y por padre al derecho. Vas á morir aquí, es decir, vas á triunfar. Ciudadanos, suceda hoy lo que sucediere, por nuestra derrota lo mismo que por nuestra victoria, lo que vamos á hacer es una revolucion. Así como los incendios iluminan toda la ciudad, así las revoluciones iluminan á todo el género humano. ¿Y qué revolucion haremos? Acabo de decirlo, la revolucion de la Verdad. Bajo el punto de vista politico, no hay más que un solo principio: la soberanía del hombre sobre sí mismo. Esta soberanía de mí sobre mí, del yo sobre el yo, se llama Libertad. Allí donde se asocian dos ó más de estas soberanías comienza el Estado. Pero en esta asociacion no existe abdicacion ninguna. Cada soberanía concede cierta cantidad de sí misma para formar el derecho comun. Esta cantidad es la misma para todos. Esta identidad de concesion que cada uno hace á todos se llama Igualdad. El derecho comun no es otra cosa que la proteccion de todos irradiando sobre el derecho de cada uno. Esta proteccion de todos sobre cada uno se llama Fraternidad. El punto de interseccion de todas estas soberanías que se agregan se llama sociedad. Siendo esta interseccion una juntura, este punto es un nudo. De aquí lo que llaman el lazo social. Algunos dicen contrato social; que viene á ser lo mismo, pues la palabra contrato está etimológicamente formada con la idea de lazo. Entendámonos sobre la igualdad; pues si la libertad es la cima, la igualdad es la base. La igualdad, ciudadanos, no es toda la vegetacion nivelada, una sociedad de grandes briznas de yerba y de encinas diminutas; una reunion de envidias cerciéndose y chapodándose mutuamente; es, civilmente, todas las aptitudes teniendo la misma via franca y expedita; políticamente, todos los votos teniendo el mismo

peso; religiosamente, todas las conciencias teniendo el mismo derecho. La Igualdad tiene un órgano: la instruccion gratuita y obligatoria. El derecho al alfabeto: por aquí es por donde se debe empezar. La escuela primaria impuesta á todos, la escuela secundaria ofrecida á todos; en esto estriba la ley. De la escuela idéntica sale la sociedad igual. ¡Sí, enseñanza! ¡Luz! ¡luz! todo viene de la luz, y todo vuelve á ella. Ciudadanos, el siglo diez y nueve es grande, pero el siglo veinte será dichoso. Nada habrá entónces que se asemeje á a vieja historia; ya no habrá que temer, como hoy, una conquista, una invasion, una usurpacion, una rivalidad de naciones á mano armada, una interrupcion de civilizacion ocasionada por un casamiento de reyes, un nacimiento en las tiranías hereditarias, una reparticion de pueblos por algun congreso, un desmembramiento por la caída de una dinastía, un combate de dos religiones chocándose de frente, como dos combatientes de las sombras, sobre el puente del infinito; ya no habrá que temer el hambre, la explotacion, la prostitucion por necesidad, la miseria por falta de trabajo y el cadalso, y el puñal, y las batallas, y todos los bandidajes del azar en la selva de los acontecimientos. Casi podria decirse: no habrá ya acontecimientos. Será el mundo feliz. El género humano cumplirá su ley como el globo terrestre cumple la suya; se restablecerá la armonía entre el alma y el astro; el alma gravitará en derredor de la verdad como el astro en derredor de la luz. Amigos míos, la hora en que nos hallamos y en que os hablo es una hora sombría; pero á este precio terrible se compra el porvenir. La revolucion es un peaje. ¡Oh! ¡el género humano será libertado, realzado y consolado! Nosotros se lo afirmamos sobre esta barricada. ¿Desde dónde habria de partir el grito de amor, sino desde lo alto del sacrificio? Oh hermanos míos, este es el punto de reunion

de los que piensan y de los que sufren; esta barricada no está hecha ni de piedras, ni de vigas, ni de herraje; formanla dos montones, un monton de ideas y un monton de dolores. La miseria se encuentra aquí con el ideal. El día abraza aquí á la noche y la dice: Yo voy á morir contigo, y tú vas á renacer conmigo. De la union de todas las desolaciones resulta la fe. Los sufrimientos traen aquí su agonía, y las ideas su inmortalidad. Esta agonía y esta inmortalidad van á mezclarse y á componer nuestra muerte. Hermanos míos, el que muere aquí muere entre los esplendores del porvenir, y entramos en una tumba penetrada toda ella de aurora.

Enjolras se interrumpió más bien que calló; sus labios se removían silenciosamente como si continuara hablándose á sí mismo, lo que hizo que, atentos y como procurando oírle aún, todos se quedaron mirándole. No hubo aplauso ninguno, pero estuvieron hablando en voz baja largo tiempo. Como la palabra es un soplo, los estremecimientos de las inteligencias se asemejan á los estremecimientos de las hojas en el árbol.

VI

MARIUS SOMBRÍO, JAVERT LACÓNICO

Digamos lo que pasaba por la mente de Marius. Recuérdese la situación de su espíritu. Acabamos de notar, todo allíera vision para él. Su apreciacion se hallaba turbada como su cerebro. Insistamos en esto: Marius estaba bajo la sombra de las grandes alas tenebrosas abiertas sobre los agonizantes. Considerábase él como entrado ya en la tumba, se le figuraba que se hallaba ya al otro lado de la muralla, y no veía los sembantes de los vivos sino con los ojos de un muerto.

¿Cómo era que el señor Fauchelevent se encontraba allí? ¿Por qué estaba en aquel sitio? ¿Qué venía á hacer entre ellos? Marius no se dirigió todas estas preguntas. Por otra parte, teniendo nuestra desesperacion la propiedad de comprender ó encerrar á los demas en el mismo

pensamiento que nos encierra á nosotros mismos, parece lógico que todo el mundo viniera allí á morir.

Sólo que no pudo ménos de pensar en Coseta, con una grande opresion del corazon.

Por lo demas, el señor Fauchelevent no le habló, ni le miró, ni siquiera pareció haber oido nada cuando Marius levantó la voz para decir : Yo le conozco.

Por lo que hace á Marius, aquella actitud del señor Fauchelevent le aliviaba, y si pudiéramos emplear tal palabra para tales impresiones, diríamos más bien que le agradaba. Habíase él creído siempre en la absoluta imposibilidad de dirigir la palabra á aquel hombre enigmático, que era para él á la vez equívoco é imponente. Además, hacia ya mucho tiempo que no le habia visto; lo que, para un carácter tímido y reservado como el de Marius, aumentaba aún la imposibilidad.

Los cinco hombres designados salieron de la barricada por la callejuela de Mondétour; parecían perfectamente otros tantos guardias nacionales. Uno de ellos iba llorando. Antes de marchar, abrazaron á los que quedaban.

Cuando los cinco hombres devueltos á la vida se hubieron ausentado, Enjolras pensó en el condenado á muerte. En seguida entró en la sala baja, donde Javert, amarrado al poste, se hallaba cavilando.

— ¿Tienes tú necesidad de alguna cosa? Le preguntó Enjolras.

Javert replicó :

— ¿Cuándo me matarán ustedes?

— Espera. En este momento, nos hacen falta todos nuestros cartuchos.

— Entónces, que me den de beber, dijo Javert.

Enjolras le presentó él mismo un vaso de agua, y como Javert se hallaba agarrotado, le ayudó á beber.

— ¿Nada más que esto quieres? añadió Enjolras.

— Estoy mal en este poste, respondió Javert. No tienen ustedes compasion de mí en haberme dejado pasar aquí la noche. Átenme como quieran, pero bien pueden acostarme sobre una mesa, como al otro.

Y al decir esto, con un movimiento de cabeza indicaba el cadáver del señor Mabeuf.

En el fondo de la sala estaba, segun recordará el lector, una mesa grande y larga, sobre la cual habian fundido balas y hecho cartuchos. Acabados de hacer todos los cartuchos, y empleada toda la pólvora, aquella mesa quedaba enteramente libre.

De órden de Enjolras, cuatro insurrectos desataron Javert del poste. Mientras que le desamarraban, un quinto hombre le tenía la bayoneta apoyada sobre el pecho. Dejaronle las manos atadas entre sí, á la espalda, ligaronle los piés con un cordel de disciplinas, delgado y sólido, que le permitia dar pasos de quince pulgadas como á los que van á subir al cadalso, y le hicieron andar hasta la mesa del fondo de la sala, donde lo tendieron, estrechamente ligado por mitad del cuerpo.

Para mayor seguridad, por medio de una cuerda fijada al cuello, añadieron al sistema de ligaduras que le hacian imposible toda evasion esa especie de lazo, llamado en las prisiones martingala, que partiendo de la nuca, se bifurca sobre el estomago, y va á parar á las manos despues de haber pasado por entre ambas piernas.

Mientras que estaban amarrando así á Javert, un hombre le consideraba desde la puerta, mirándole de hito en hito, con singular atencion. La sombra que hacia aquel hombre hizo que Javert volviera la cabeza. Levantó los ojos, reconoció á Juan Valjean. Ni siquiera se inmutó al verle; bajó la vista con arrogancia, y se limitó á decir : Es cosa muy natural.

VII

LA SITUACION SE AGRAVA

El día avanzaba rápidamente; pero ninguna puerta se abría, ni una sola ventana respiraba; la aurora de este día parecía no despertar á nadie. La extremidad de la calle de la Chanvrerie opuesta á la barricada habia sido evacuada por las tropas, segun hemos dicho ántes; parecia estar libre y abrir paso á todo transeunte con una tranquilidad siniestra. La calle de Saint-Denis estaba muda, como la avenida de los esfinges en Thébas. Ningun sér viviente se divisaba en las encrucijadas que empezaban á blanquear ya por un reflejo de sol. Nada es tan lúgubre como esta claridad de las calles desiertas.

No se veía nada, pero se oía. Á cierta distancia, notábase un movimiento misterioso. Era evidente que el instante crítico llegaba. Como en la noche anterior, las centinelas se replegaron; pero esta vez lo hicieron todas.

La barricada se hallaba más fuerte que cuando sufrió el primer ataque. Desde que se marcharon los cinco exentos, la habian levantado aún más.

Conforme á la opinion de la vigía que habia observado la region de los mercados centrales, Enjolras, temiendo ser sorprendido á retaguardia, adoptó una resolucion grave. Hizo fortificar el pequeño ramal de la callejuela de Mondétour que habia quedado libre hasta entónces. Al efecto desempedrarón un pedazo de calle más, en la longitud de algunas casas. De esta manera, la barricada, murada sobre tres calles, por delante sobre la calle de la Chanvrerie, por la izquierda sobre la calle del Cisne y la Petite-Truanderie, y por la derecha sobre la calle de Mondétour, era verdaderamente casi inexpugnable; es verdad que allí se quedaban encerrados. Tenía tres frentes, pero carecia de salida. — Fortaleza, pero ratonera, decia Courfeyrac riendo.

Enjolras hizo amontonar junto á la puerta de la taberna unos treinta adoquines, « arrancados en balde, » decia Bossuet.

Tan profundo era ahora el silencio por la parte de donde debia venir el ataque, que Enjolras hizo que cada cual ocupase inmediatamente su puesto de combate.

Distribuyóse á todos una racion de aguardiente.

Nada más curioso que una barricada que se prepara á rechazar el asalto. Cada uno escoge su puesto como en el teatro; procurando respaldarse bien y apoyar convenientemente costados y codos. Algunos se construyen sillones ó lunetas con los adoquines. Hé aquí una esquina que incomoda, se alejan de aquel estorbo; hé allí una estrella, un redan que puede proteger, se refugian en él en seguida. Los zurdos son muy útiles, porque suelen buscar los puestos que son incómodos á los demas. Muchos se arreglan para combatir sentados. Quieren esta

á gusto para matar y confortablemente para morir. En la funesta guerra de Junio de 1848, un insurgente que tenía una puntería terrible, y que se batía desde lo alto de una azotea, sobre un tejado, se hizo llevar allí una de esas cómodas butacas ó sillones que llaman Voltaire; un casco de metrella le alcanzó sin embargo en aquel sitio.

Tan luégo como el jefe ha dado la orden del zafarrancho de combate, cesan todos los movimientos desordenados; no más tirones ni empujones de unos á otros; no más pandillas; no más apartes, no más bandos aislados; todo cuanto hay en los espírites se hace convergente y se transforma en espera del acometedor. Antes del peligro, una barricada es el caos; en el peligro, es la disciplina. El peligro introduce allí el orden.

Desde el momento en que Enjolras tomó su carabina de dos cañones, y se colocó en una especie de almena ó tronera que se había él reservado, todos callaron. Un chirrido seco y prolongado resonó confusamente á lo largo de la muralla de adoquines. Era que armaban los fusiles con sus bayonetas.

Por lo demas, las actitudes eran más altivas y más confiadas que nunca; el exceso del sacrificio fortalece las almas de buen temple; no tenían ya esperanza, pero tenían desesperacion. La desesperacion, esa última arma, que, como lo ha dicho Virgilio, da á veces la victoria. Los recursos supremos salen de las resoluciones extremas. Embarcarse en la muerte, es algunas veces el medio más seguro de escapar al naufragio, y la tapa del féretro se convierte en tabla de salvacion.

Lo mismo que en la noche anterior, todas las atenciones se hallaban vueltas, y aún casi pudiera decirse apoyadas en la extremidad de la calle, ahora alumbrada y visible.

Los hicieron esperar mucho tiempo. Hacia el lado de

Saint-Leu, empezó á sentirse distintamente cierto ruido que no se parecia ya al movimiento que marcó el primer ataque. Un sonido como de cadenas que se remueven, el traqueo inquietante de una masa enorme, un chirrido de bronce que va rozando por el empedrado, y por último, una especie de estrépito solemne, anunciaron que algun herraje sinistro se acercaba. Hubo un estremecimiento en las entrañas de aquellas calles viejas y apacibles, abiertas y edificadas para la circulacion fecunda de los interesès y de las ideas, y que no han sido hechas para sufrir el monstruoso rodar de las máquinas de guerra.

La fijeza de las pupilas de todos los combatientes en la extremidad de la calle llegó ya á ser arisca y feroz.

Por fin apareció una pieza de artillería.

Los artilleros empujaban ellos mismos el cañon, el cual se hallaba en su ajustamiento de tiro; el avantren habia sido desenganchado; dos hombres sostenian la cureña, y cuatro iban dirigiendo las ruedas; otros seguian despues con el cajon. Veíase humear la mecha encendida.

— ¡Fuego! gritó Enjolras.

Toda la barricada hizo fuego, la detonacion fué espantosa; una densa nube de humo cubrió y envolvió la pieza y los hombres, ocultándolos enteramente; despues de algunos segundos, la nube se disipó, y el cañon y los hombres reaparecieron; los que servian la pieza acababan de rodarla frente á la barricada, lenta y correctamente, sin apresurarse en sus movimientos. Ni uno solo habia sufrido lesion de la descarga. En seguida, el jeje de pieza, apoyándose sobre la culata del cañon, á fin de elevar el tiro, se puso á fijar la puntería con la gravedad de un astrónomo que asesta ó encara un telescopio.

— ¡Bravo, los artilleros! gritó Bossuet.

Y toda la barricada se puso á palmetar.

Un momento despues, hallábase la pieza puesta en ba-

tería, colocada á escuadra en medio de la calle, á caballo sobre el arroyo, y abriendo una boca formidable hácia la barricada.

— ¡Vamos, ligeros! dijo Courfeyrac. Aquí tenemos ya el brutal. Despues del papirotazo, el puñetazo. El ejército extiende hácia nosotros su palaza enorme. La barricada va á ser sacudida seriamente. La fusilería tantea, el cañon se apodera y arrebatá.

— Es una pieza de á ocho, nuevo modelo, de bronce, añadió Combeferre. Estas piezas, por poco que exceda en ellas la proporcion de diez partes de estaño sobre ciento de cobre, están expuestas á reventar. El exceso de estaño las hace demasiado frágiles. Entónces sucede que se las forman huecos y cavidades en el oido. Para obviar á este peligro y poder así forzar la carga, tal vez sería conveniente volver al procedimiento del siglo catorce, al sistema de los aros ó círculos, rodeando exteriormente la pieza de una serie de anillos de acero sin soldadura, desde la culata hasta el muñon más próximo á la boca. Entre tanto, se remedia como mejor se puede este defecto; se procura reconocer dónde están los huecos ó cavidades que se han formado en el oido de un cañon por medio del gato, que es un nivel á propósito. Pero aún hay otro procedimieto que es preferible, la estrella móvil de Gribeauval.

— En el siglo diez y seis, observó Bossuet, se rayaban los cañones.

— Sí, respondió Combeferre, eso aumenta la potencia balística, pero disminuye la precision del tiro. En el tiro á corta distancia, la trayectoria no tiene toda la tirantez que es de desear, la parábola se exagera, el camino que sigue el proyectil no es bastante rectilíneo para que él pueda herir los objetos intermedios, necesidad de combate sin embargo, cuya importancia crece con la proximidad del enemigo y la precipitacion del tiro. Esta falta de tension

de la curva del proyectil en los cañones rayados del siglo diez y seis, consistia en la debilidad de la carga; las cargas debiles, para los cañones de esta especie, son impuestas por ciertas exigencias ó necesidades de balística, tales, por ejemplo, como la conservacion de las cureñas. En suma, ese gran déspota que se llama el cañon no puede hacer todo lo que quiere; la fuerza no es más que una grande debilidad. Una bala de cañon sólo recorre seiscientas leguas por hora; mientras que la luz recorre sesenta mil leguas por segundo. Tal es la superioridad de Jesucristo sobre Napoleon.

— Cargad de nuevo las armas, dijo Enjolras.

¿De qué manera iba á hacerse el revestimiento ó reboque de la barricada bajo las balas de la artillería? ¿abrirían estas brecha? Tal era la cuestion que surgia en este momento. Mientras que los insurrectos volvian á cargar sus fusiles, los artilleros cargaban á su vez el cañon.

La ansiedad era profunda en el reducto.

El tiro partió, la detonacion estalló al fin.

— ¡Presente! gritó á la sazón una voz alegre.

Y al mismo tiempo que la bala de cañon descargó sobre la barricada, Gavroche se precipitó en el interior de ella.

Venía del lado de la calle del Cisne y había brincado muy listo por encima de la barricada accesoria que hacia frente al dédalo de la Petite-Truanderie.

Más efecto produjo Gavroche en la barricada que la bala de cañon.

Esta se perdió en la confusion de los escombros, sin haber causado más daño que el romper una rueda del ómnibus, y acabado con la carreta vieja de Anceau. En vista de lo cual, la barricada entera prorumpió en risas estrepitosas.

— Continuad, gritó Bossuet á los artilleros.

VIII

LOS ARTILLEROS SE HACEN RESPETA

Todos en la barricada rodearon á Gavroche.

Pero él no tuvo tiempo de contarles nada de lo que le habia pasado. Marius, temblando, le llamó aparte.

— ¿Qué es lo que vienes tú á hacer aquí?

— ¡Toma! dijo el muchacho. ¿Y usted?

Y miró fijamente á Marius, con su descaro épico. Sus ojos se engrandecian y se ensanchaban, con la activa claridad que habia en su interior.

Con acento severo continuó Marius reconviniéndole en esta forma :

— ¿Quién te ha dicho que vuelvas aquí? ¿Has entregado, á lo ménos, mi carta á la persona á quien iba dirigida?

Gavroche no estaba exento de algunos remordimientos con respecto á aquella carta. En medio de su premura por volverse á la barricada, más bien que entregarla, puede

decirse que se desembarazó ó se deshizo de ella. Véase obligado á confesarse á sí mismo que la habia confiado, con alguna ligereza, á un desconocido cuyo semblante no habia él podido distinguir siquiera. Es verdad que aquel hombre estaba con la cabeza descubierta, pero esto no bastaba para abonarle. En suma, dirigiase con este motivo ligeras reconvenciones en su interior, y temia los reproches de Marius. Para salir del paso, adoptó el expediente más sencillo : mintió de un modo abominable.

— Ciudadano, dijo, entregué la carta al portero. La dama estaba durmiendo. Al despertar, se la entregarán.

Al enviar aquella carta, Marius tenia dos objetos : despedirse de Coseta y salvar á Gavroche. Tuvo, pues, que contentarse con la mitad de lo que él queria.

La coincidencia del envio de su carta con la aparicion del señor Fauchelevent en la barricada se ofreció en seguida á su espíritu. Señaló á Gavroche al señor Fauchelevent y le dijo :

— ¿Conoces tú á ese hombre?

— No, señor, contestó Gavroche.

Con efecto, Gavroche, segun hemos dicho ántes, no habia visto á Juan Valjean sino de noche y en la oscuridad más completa.

Disipáronse por consiguiente las conjeturas turbias y enfermizas, que se habian bosquejado en el espíritu de Marius. ¿Conocia él las opiniones del señor Fauchelevent? Tal vez el señor Fauchelevent era republicano, lo que explicaria de una manera natural y sencilla su presencia en aquel combate.

Entre tanto Gavroche se hallaba ya en el otro extremo de la barricada gritando : ¡ Mi fusil !

Courfeyrac hizo que se le dieran.

Gavroche previno á « los camaradas, » como él los llamaba, que la barricada se hallaba bloqueada por todas